

de plata, la taza de Sevres y grandes floreros que el rey Luis Felipe obsequió á la esposa de su representante, en ocasión de repetidos actos de prodigalidad para el Hospital francés. Pasando una salita, seguía el gran comedor, con sus altos aparadores relumbrantes de argentería. Antecediendo al salón, el gabinetito de confianza, con elevadas ventanas á la calle. A otro cuarto de entrada, ó antesala, se subía por los cinco escalones antedichos, pues bajo tan altos pisos había un gran sótano.

Suntuoso era el aspecto de aquel salón donde bailaban la contradanza, el minué, la polka de variadas figuras, en que se lucía el piecicito sobre medias finísimas caladas, ó bordadas de oro ó acero, zapatitos de raso negro con atacados, el traje sobre el tobillo, muy tirante la pollera, el talle corto lo mismo, de dos mangas muy anchas, peinetones y peinado de bucles.

En medio de aquel ondulante jardín de bellezas, destacábase en su salón color de oro, elegante y coquetona, la señora de la casa con su espléndido collar de perlas, pero de menos reflejos que sus pequeños ojos vivísimos; sumamente graciosa y atrayente, derramando *sprit* y gracia su ingenio tan movable como su personita, teniendo una palabra amable para cada uno.

## IV

A más del ilustre poeta argentino D. Juan Thompson, su primogénito, y D. Julio Mandeville, secretario de la Legación Argentina en Londres (su último hijo), ornato fueron de su salón cuatro bellísimas hijas, tan finas como bien educadas: Clementina, de admirable cuerpo escultural, con cierta tinturita de coquetería de buen tono; la espiritual Magdalena, que tanto era galanteada en francés como en inglés, idiomas que hablaba bien, pero no mejor que el de sus expresivos ojos, sumamente parladores; Florencia, preciosa, fina, delicada, tipo algo ideal, que descolaba en la danza por su agilidad, y la Albina, la blanca Albina, tocando el arpa admirablemente como ninguna en su época: sus manos lindísimas y casi transparentes recorrían las cuerdas arrancando mágicos sonos, que iban á levantar eco en más de un corazón. Completaba grupo tan interesante el Sr. de Mandeville, cónsul general de Francia por muchos años, esbelto y buen mozo, de distinguida y antigua familia, vivo, inteligente, atrayente; tocaba todos los instrumentos en los cuartetos ó quintetos que se improvisaban, supliendo el eximio aficionado el instrumento que llegaba á faltar.

El doctor López recuerda con cuánto tacto y disimulo la señora de Mandeville, con su gran talento, educaba indirectamente, de una manera hábil, á jóvenes del tiempo en que lo eran Alberdi, Gutiérrez, Florencio Varela. Refería en la conversación los defectos y malas costumbres adquiridas sin pensar, y ellos se reían, repitiendo *sotto voce*: «Al que le caiga el sayo, que se lo ponga.»

Quería mucho á la juventud que daba esperanzas para la felicidad del país. ¡Hasta dónde el roce de la mujer de distinción acaba disimuladamente de completar la educación en cuantos la rodean! Y este es uno de los descollantes méritos de tan gran dama, así en lo político como en lo social.

Empezó por reunir sus amigas para adquirir los fusiles que armaron á los Patricios, ofreciendo banderas por sus propias manos bordadas, reuniendo luego en su salón cosmopolita extranjeros y nacionales de todas las opiniones, cual en oasis donde todos se encontraban bien, en suave atmósfera de tolerancia; como empezó por ser secretaria de la Sociedad, de la cual llegó á ser presidenta. Fundó la primera escuela de ambos sexos en la campaña, y también la Escuela Normal, convirtiendo su salón en escuela de buenas costumbres, de elegancia, de buen tono. Su prolongación no fué sólo en los frecuentes almuerzos y meriendas (*Quinta de los Olivos*), á la sombra del primitivo que dió nombre á ésta donde escribimos, sino también en la referida chacra de San Isidro, al pie de sus barrancas y en el *Bosque alegre*, las cacerías de patos, en la playa del gran río empezadas, concluían por improvisados bailes en el antiguo solar de sus abuelos, tras la iglesia del Santo Labrador. *Hotel de Madama Mariquita* llamaban á este antiguo caserón (Colegio de Aravena, posteriormente) los oficiales de la escuadra, por la hospitalidad con que se les obsequiaba! . . . . .

Al recordar que D. Vicente Fidel López es el único superviviente de sus contertulianos de aquella generación, de que el sabio D. Diego Alcorta fué profesor de Filosofía, el acaso nos trae, de su última amiga, la cartita que extractamos. Esta, la señora Casamayor de Luca, y Spano de Guido, fueron sus más íntimas. Consolando á una de sus nietas, escribe á las noventa y seis navidades, con letra nada trémula, la solitaria de San Isidro:

«Sé por una cruel experiencia que en las pérdidas irreparables sólo el tiempo tiene el poder de dar el ánimo y la calma. Me refugié en mi Quinta inmediatamente después de haber recibido uno de esos golpes terribles que casi matan, y en mi desesperación me dije: «Yo también voy á desaparecer para siempre del mundo.» De esto hace ya treinta años, y



desde entonces vivo aislada la mayor parte del tiempo, completamente sola, y al fin he conseguido saber que la soledad tiene también sus ventajas; pero, para tenerlas, es preciso que la soledad sea absoluta: si se abre una brecha, en ella desaparece.»

También eran sus asiduas en aquella época las señoritas de Arana, Beláustegui, Cordero, Lahitte, Garrigós, Vélez, Castelli, y los jóvenes Avelino y Mariano Balcarce, Lozano, Esnaola, Terreros, Peralta, Arenales, Riglos, García (Doroteo), Casajemas, Posadas, Gowland, Alvear (E.), López (F.), Azcuénaga, Lahitte, Olaguer, Alcorta, Pinedo, Esteban Moreno, Faustino Lezica, Lorey, Treserra, Cherón, Du Brossay; luego sus hijos políticos los cuatro últimos.

Sin el temor de no ensartar rosario más largo que de quince misterios, otros tantos nombres conocidos podríamos agregar, pues sólo desde la moderna introducción de la tarjeta de visita, unos cuantos miles de ella colecciona el libro de la amistad de tan digna dama, con religioso cariño conservado.

Y esta noble amistad de larga consecuencia, por tantos años prolongada, herencia ha sido de una, dos y tres generaciones. No fué Santiago Estrada el único intelectual de nuestra generación que galanteara vecinas de la calle Florida en 1866, en aquel salón y ante la misma dueña de casa, á cuya mesa de malilla se habían sentado sus abuelos sesenta años antes.

## V

Hace más de treinta años, una de las últimas veces que tuvimos el gusto de verla, la encontramos, limitando por Francia é Inglaterra, es decir, entre sus representantes. Acompañando nuestro buen padre á felicitarla en el arribo de su hijo, D. Juan Thompson, referíamos al ilustre poeta cómo un año antes instalamos en la capital de Corrientes la Redacción de «El Nacionalista,» en la misma casa de las señoras Berón de Astrada, donde veinte años atrás había él fundado otro periódico liberal, órgano de la cruzada libertadora del ejército de Lavalle. La animación que resurgía en el patriota tales recuerdos fué interrumpida, al interrogar al contralmirante francés:

—Madama, ¿cómo usted, tan amante de todo lo que es francés, y esposa de uno de sus representantes, no ha llegado en sus viajes á Francia?

—Por el canto de esta uña—contestó con gracia.

—No comprendo, señora. Tan distante de ésta mi tierra, y tan cortas que usan aquí las uñas....

—Ahí verá usted, señor contralmirante. Cuando en visperas del bloqueo francés empezó á ser mal visto mi esposo, cónsul general, tuvo que salir para Francia. Acreciendo sus dolencias, menos por obligación que por cariño, creí deber ir á cuidarle. Mis hijas estaban ya casadas, mi Juan no podía volver al país, declarado *salvaje unitario*. ¿Qué le parece, señor contralmirante? No siendo francés idioma pampa, ¿le pronuncia muy mal este *salvaje* de ella?

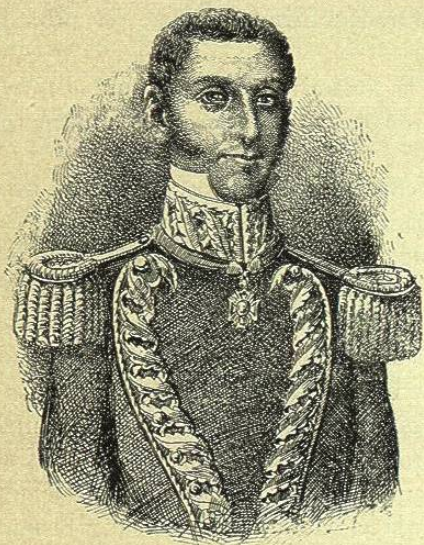
—¡Oh, Madama! Salvajes con la ilustración de Mr. Thompson, tan merecidamente reputado hombre de letras, codiciaríamos muchos en Francia.

—Bien; en ese más prolongado eclipse de mis amigos, aunque medrosa para el mar, decidí embarcarme. Hasta Montevideo fuí bien, pero al llegar á Río Janeiro, tan deshecha pamperada azotó la barca de vela que me conducía, que no obstante llamarse *La Esperanza*, sin ésta quedé de ver más á mis hijas. Pero al fin la espléndida bahía de Río Janeiro tranquilizó mi espíritu y el mar. Allí no iba tan mal, rodeada de la primera sociedad, en corte que damas y caballeros son tan amables y obsequiosos. Jóvenes como Diego Alvear, Posadas, Costa, la familia Vernet, Daniel, Carlos y Eduardo Guido, me hicieron con sus atenciones y cuidados olvidar los sufrimientos de la tormenta. Al día siguiente de un baile de corte (todavía mi nieta Florencia guarda el vestido con el cual, del brazo del ministro argentino general Guido, hice *vis-á-vis* al joven emperador), me invitaron para una merienda bajo la cascadiña en Tijuca, donde el marqués de Caxias me ofreció una manzana, que si no fué la de Eva, casi, casi fué la de mi perdición. Notando en sus rubicundos colores pequeña picadurita, rasqué un poco la corteza. ¡Quién le dice á usted que amanecí con todo el dedo hinchado, hinchazón que al segundo día avanzaba á la mano, y al tercero por todo el brazo, con agudos dolores! Este segundo susto me hizo reflexionar, y me dije: «¿Dónde vas, Mariquita? ¡Vuélvete!» Bien pudiera recaer ó sorprenderme grave enfermedad, y en viaje tan largo, acompañada sólo de una sirvienta de confianza, no me decidí á cruzar el Océano. Recibí mejores noticias de mi marido, y el temor de un hogar que todavía podía rehacer para mis nietas, me retornó á la playa natal. No recuerdo día de mayor satisfacción como el que volví á entrar en esta mi casita de la calle Florida, donde nací, he pasado ochenta años y espero acabar en ella. Aun para morir, en parte alguna hállase uno mejor que en el rinconcito de su propia casa....



## VI

Y á ese espíritu fuerte, que cual lámpara de aceite ibase apagando lentamente, veíamos salir de nuestra iglesia parroquial los domingos, del brazo de una ú otra de sus rubiecísimas nietas, de aquella misma iglesia de la Merced, cerca de cuya pila bendita, setenta años antes, otros muchos



El gran mariscal D. Mariano Necochea  
héroe de la batalla de Junín

domingos repetía al esbelto joven que le alcanzaba el agua: «Por más que se opongán, siempre de Thompson.» Todavía pocos días antes á su fallecimiento concurrió allí con su lujoso vestido recién *traído*, conducida por una de esas bellezas.

Dotada de una inteligencia superior, como la mujer más ilustrada de su época, Rivadavia la inició en la idea de formar una Sociedad de Beneficencia, que á la vez que elevara el nivel intelectual de la compañera del hombre, le abriera más vastos horizontes por su mejor preparación. Medio siglo más tarde, Sarmiento también encontró en ella la más hábil coadyutora para las reformas de la educación, según el sistema norteamericano. Desde

los Jardines de Infantes, escuelas de ambos sexos, en la ciudad y campaña, hasta la Escuela Normal de mujeres, la enseñanza superior con las profesoras traídas de Norte América, todo progreso tuvo implantación bajo su presidencia.

Nació con la aurora de este siglo (anticipándose á su siglo) en la casa que el Sr. Sánchez Velazco edificó ciento veinticinco años ha.

En el último invierno de la vida, al través de los cristales de su aposento, á los que le aproximaba su cariñosa Florecita, divisaba melancólicamente caer las hojas del decrepito naranjo, plantado en el centro del ancho patio el día de su nacimiento. Al través de las rejas de esa ventana interior, era su postrera recreación su verdor y sus flores. Recordaba cómo le había dado sombra por toda la vida, y también los azahares de su velo de desposada. Ellas blanqueaban ahora al pie del tronco que se curvaba ya

hacia la tierra, semejando pálida mortaja próxima á cubrir sus restos. Refería que ni el sabio Bonpland, ni Hølemberg, lograran extirpar el hormiguero criado en su tronco, sin olvidar las amenas pláticas que bajo el follaje coronado de doradas frutas distrajeran sus horas en distintas épocas, con el mariscal Santa Cruz, el conde Waleski, Mackau, el marqués de Caxias y otras muchas celebridades, pues honrada había sido con la amistad de todos los notables y hombres de letras que concurrieron á centro tan culto y agradable.

Una imaginación viva y abierta á todas las impresiones de lo bueno y de lo bello, indulgencia notable y urbanidad exquisita daban á su trato, á sus confidencias y á sus cartas cierto encanto que constituía el amable imperio ejercido sobre su virtud. Por esto, el reloj que desde la chimenea de su alcoba marcó la hora de su muerte, había señalado muchas veces á Saavedra, Belgrano, Rivadavia y Puyrredón, á presidentes, ministros y diplomáticos, la hora de sus tareas, detenidos por su atrayente conversación. Aquel reloj sigue parado en su última hora, y ¡doble coincidencia!, decrepito y carcomido, secándose el árbol plantado á su nacimiento, murió con su dueña.

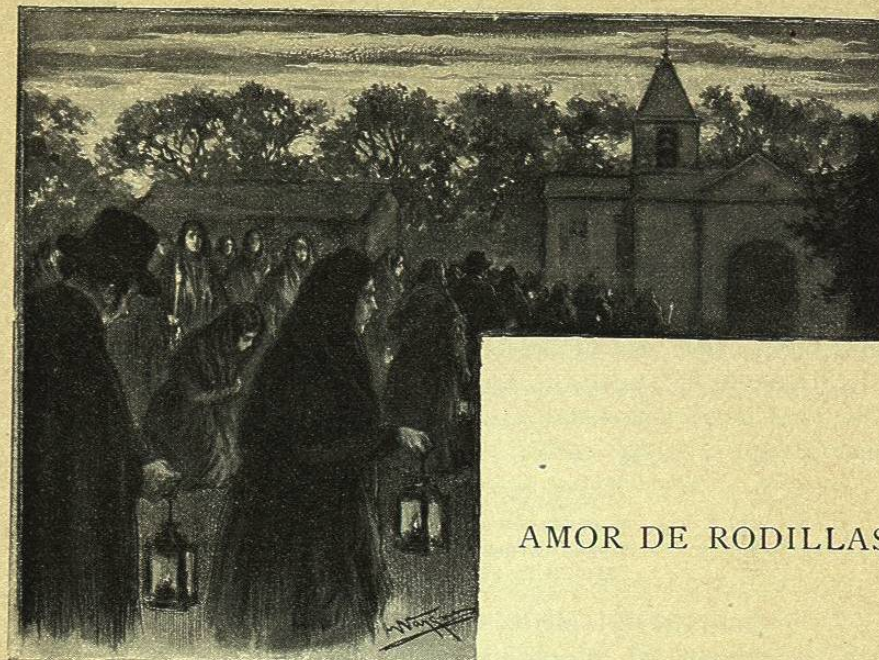
De opuestas ideas á su íntima superviviente, treinta años ha secuestrada en la soledad de su Quinta, Madama Mandeville quería morir como había vivido, rodeada de las flores por sus propias manos cultivadas, que perfumaron su vida, y de la amistad que endulzó sus más bellas horas. Y así en sus conversaciones recordaba las últimas amigas con que había tomado mate á la sombra del histórico naranjo: señoras de Telechea de Puyrredón, Correa de Lavalle, de Zumarán, de Angelis, Villanueva de Armstrong, Reinoso de Pacheco, Plomer de Lozano y la marquesa de Forbin-Jackson.

Cierto día, siendo secretario del Departamento de Escuelas, de que era director D. Juan Thompson, en momentos que nos daba instrucciones para la visita de inspección á las de campaña, insinuándole que nos autorizara á pasar la frontera y proponer en las tolдерías más inmediatas á los caciques principales escuela para los indios, bajo la dirección de jóvenes indígenas educados por el filántropo Sr. Francisco Larguía, entró en la oficina la anciana madre de nuestro digno jefe. Desatendiendo cuanto le rodeaba, bajó precipitadamente de su asiento, fué á besar la frente de la madre amada, y conduciéndola al primer asiento (respeto filial que por desgracia se extingue), siguió apoyando nuestro proyecto de extender la enseñanza á los últimos aduares.

La ilustrada señora agregó: «Hacen bien. Cada uno en la extensión



que le sea dable, debe concurrir al mayor desenvolvimiento de nuestras facultades, único camino de alcanzar el perfeccionamiento. Si nada se lograra, quédenos la satisfacción de la iniciativa, guiados por ese bello sentimiento de caridad, que nos conduce á amarnos y enseñar al que no sabe.»



## AMOR DE RODILLAS

Tan extraordinario parece el sucedido, que por cuento se tomaría éste, que no lo es, juzgándole novelesco episodio sentimental, á no haber ya pluma mejor cortada que la nuestra puesto los puntos sobre las *ies*, agregando en otras publicaciones nombre, apellido, calle y número de la heroína de esta tradición en época y comarca á la que el romanticismo de Chateaubriand y sus discípulos no había llegado.

### I

Cara lánguida, pálida, ojerosa, cuello ebúrneo y negra cruz de azabache pendiente de él, boquita de beso en proyecto, grandes ojos rasgados, negros, más negros que sus cabellos, y entre éstos una blanca flor del aire; nerviosa, toda sensitiva como la flor de su predilección, elegante en su vestir, fanática en decir y en sus pasiones como en sus creencias era la enamorada Marta, hija primogénita en una honrada y antigua familia de Salta, y linda hasta la pared de enfrente. Bien que ésta fuera el paredón del convento de Mercedarios, más incommovible que sus viejos muros aparecía el corazón de la pálida beldad; pues no obstante haber ya doblado la esquina de sus veinte años, seguida de muchos pretendientes, la niña no tenía novio.